

## Bienvenida

JAVIER CASTROVIEJO BOLIBAR

Director de la Estación Biológica de Doñana. Calle Paraguay 1. SEVILLA 12 (España)

Señores y Señoras:

Permitanme empezar señalando el profundo honor que me produce y la profunda satisfacción que siento por poder dirigirme a Vds. aquí y con este motivo.

Visité América, Venezuela y el Hato del Frio en Los Llanos, para ser exacto, por primera vez hace casi cinco años, en Marzo de 1973 y confieso que ello produjo en mí una conmoción interior. Por primera vez veía lo que era e intuía lo que podía ser la comunidad de pueblos hispánicos con una cultura y una lengua común.

Pero como biólogo acostumbrado a los austeros biomas paleárticos, desde el Sahara a Laponia, el impacto fué mayor.

Recuerdo vívidamente cuando descendí de un DC-3 en la pista del Frio hacia el mediodía, con mis pulmones todavía cargados con aire de Europa, tan reciente era mi viaje.

Las iguanas, las aves de presa, los chigüires, las garzas, los caimanes de anteojos y todas las otras especies que nos rodeaban, me hicieron perder el sentido de la realidad y, a pesar del intenso calor, mi actividad fué tal que a las pocas horas acusé los síntomas de una fuerte deshidratación.

Luego pude conocer la pluvisilva del Orinoco, los Páramos Andinos, los arrecifes del Caribe y un largo etc.

En América no me fué difícil percatarme de que esta región, la neotropical, cuyos límites coinciden curiosamente con los de Iberoamérica, encerraba la fauna y los sistemas naturales más ricos y desconocidos del mundo, y que lo mismo valía decir de España respecto a Europa.

Me tropecé asimismo con otro hecho: la desconexión existente entre los naturalistas de España, Portugal e Iberoamérica, pues en casi todos los países puede encontrar núcleos de jóvenes científicos con problemas e ilusiones comunes pero sin que tuviesen los unos conocimiento de las actividades de los otros.

Esta situación era además deplorable por haber roto la tradición iniciada ya en el Siglo de Oro y continuada con los P. Gumilla, Azara, Ximénez de la Espada y A. Cabrera, por citar sólo algunos nombres relacionados con los vertebrados.

Por ejemplo, hasta hace muy poco, los problemas de administración de la naturaleza en España y Venezuela eran similares y la solución dada por este país con una ley de Fauna Silvestre y otra del Medio Ambiente bien nos gustaría que se aplicase al caso español.

Las cuestiones que se plantean al intentar conservar y estudiar la Sierra Madre Occidental de México, donde hay que enfrentarse con el exterminio de especies como el lobo y la destrucción de sus bosques autóctonos de robles y pinos, son trágicamente similares a los que amenazan a nuestras sierras en España.

De la misma forma que la infraestructura y los temas de investigación en la Marisma Bética, con sus problemas de aislamiento, inundaciones y sequías, ganadería en semilibertad y colonias de aves nidificantes se hace familiar al que realiza un proyecto en Los Llanos, el Beni, el Pantanal o ciertas zonas del Chaco.

No se crea ni remotamente que por lo dicho deseo pasar por alto las profundas diferencias que existen en las regiones Paleárticas y Neotropicales. Lo que me hace recalcar es que la larga historia común que hemos tenido, unida a la enorme diversidad biogeográfica de Iberia y su situación respecto a África, han aflorado tal cantidad de equivalentes en lo ecológico, lo legal, lo social y lo económico, que me asombró el que nuestra comunidad científica no hubiese intentado reunirse antes para tratar todo ello en conjunto y compartir los éxitos y fracasos, las ilusiones y desiluciones.

No solamente esto me impulsó a intentar esta primera reunión. También influyó, y fuertemente, sobre ello la evidencia de que las mayores y más serias batallas conservacionistas del mundo se dan, o se han de dar, en la región neotropical y ello por ser especialmente rica en lo que hoy se codicia más, los minerales y los hidrocarburos, y en los elementos más frágiles de la ecosfera, el agua y el bosque, por no hablar de las culturas nativas que aún se mantienen.

No quiero eludir este tema, el de las comunidades indígenas, como biólogo ni como persona, aún a sabiendas de que suele evitarse sistemáticamente. No voy ahora a extenderme sobre el mismo, pues hace ya tiempo, desde Fray Bartolomé de las Casas, cualquier aspecto que se toque desbordaría inmediatamente los límites de este Congreso.

Deseo recalcar en cualquier caso el profundo respeto y admiración que me producen unos modos de vida que han evolucionado de forma diferente al nuestro y que muestran una admirable adaptación y conocimiento del medio ambiente, labrado por la misma selección natural.

No solamente son consideraciones científicas, culturales y éticas, para mí ya determinantes, las que me impulsan a solicitar el mayor respeto y no ingerencia en la vida de los primeros habitantes de América y de su medio natural. Nuestro propio interés debe impulsarnos a conservar costumbres, culturas y civilizaciones que aunque testimoniales, en muchos casos, son el único ejemplo de lo que nosotros no hemos conseguido y que quizá constituya el mayor y más dramático fracaso de nuestra civilización: vivir en armonía con la naturaleza usando racionalmente sus recursos.

Tengo para mí que cualquiera de los cada día más escasos nativos que todavía viven hoy en la Amazonía sabe más sobre su medio natural que el más brillante doctor en ecología tropical y la enseñanza que podemos sacar de su vida cotidiana puede ser de un valor incalculable.

Lo que está ocurriendo en la Cuenca Amazónica con la carretera Transamazónica, "Transmiseriana", como se empieza a llamar, la instalación de gigantescas plantas flotantes para transformar el bosque en celulosa y el comercio ilegal, al menos obscuro, de pieles de felinos o grandes reptiles, de primates y aves y peces de adorno, es sumamente elocuente y proporciona elementos de una desoladora evidencia. Asimismo el destino de los grupos humanos autóctonos constituye

sencillamente una tragedia. Lo que allí suceda es ya más una cuestión universal que regional. Pero planteada con inteligencia y audacia, puede transformarse en una cuestión universal resuelta a nivel regional, lo cual proyecta y universaliza a la región que lo resuelve.

En Doñana tenemos experiencia directa sobre lo que yo llamo el "desinteresado interés" de ayudar. De la misma forma que la contribución internacional ha sido de la máxima importancia para el establecimiento de nuestra reserva biológica, Doñana ha contribuido, y no poco, al robustecimiento y proyección de los organismos internacionales que por ella se han afanado. Pudimos contemplar también como a la sombra de este positivo flujo y reflujo, que puede considerarse como un ejemplo de cooperación fructífera, por haber estado ambas partes al nivel que le correspondía, hubo otros intentos que mostraban intenciones menos claras de consecuencias fácilmente previsibles, que hubieron de ser atajados.

Si hablo ahora de esto, no es al azar. Pudimos aprovechar grandemente lo que nos ha enseñado la reserva internacional situada en el Archipiélago de Colón ó de las Galápagos. Si bien ayuda, y sobre todo ayudó, a conservar estos ecosistemas, los que dirigen y patrocinan esta Reserva, asentada sobre un territorio de la República del Ecuador, se aprovechan grandemente del excepcional interés de este archipiélago. La organización es tal que en gran parte de la administración y gestión esta ausente el Ecuador, que es quien debería entender del asunto. Este "Todo para las Galápagos sin las Galápagos" es en realidad un nuevo tipo de Despotismo Ilustrado que nos parece difícilmente admisible, sienta un precedente que no debe olvidarse y que nos ha servido para sortear, con tanta energía como cortesía, más de un intento de "galapagización" en Doñana.

Pocos problemas ambientales, excepto quizá los que plantean el turismo de montaña y los deportes de nieve, son ajenos a Doñana y sus Marismas.

La lista es larga y no tiene sentido ahora el presentársela a Vds. de forma exhaustiva. En el conocido Coto se dan la mano problemas de latifundio, energía nuclear, base de cohetes, proyectos industriales con gigantescos polos de desarrollo, ordenación territorial, vías de comunicación, turismo, inversiones de multinacionales, monocultivos y desarrollo agrario, introducción de especies animales y vegetales exóticos, pesticidas y plaguicidas, polución del agua por metales pesados de industrias mineras, conflictividad social y de orden público, solapamiento y contradicciones administrativas, así como una legislación anticuada, incompleta e incoherente. Muchos de estos problemas esperan todavía una solución y, aunque los sistemas naturales más importantes todavía se conservan bien, las amenazas son tales que nuestra principal esperanza reside en el mero hecho de que Doñana todavía existe,

La riqueza actual y potencial, puesto que el índice de degradación es más alto en los países industrializados, de Iberia y de las naciones del área Iberoamericana, concentran en nosotros los intereses y por qué no ha de decirse, las codicias, de varios estados. La actuación de terceros países respecto a los nuestros justifican también esta reunión porque configuran un campo importante y bien definido y porque la actuación de estos países está teniendo y va a tener repercusiones importantes en todos los nuestros.

A nadie se le oculta que en determinados museos extraños a los pueblos de nuestra área cultural se almacenan millones de animales de la fauna neotropical e ibérica y que lo mismo sucede con los pliegos botánicos. En el caso que nos ocupa, los vertebrados, la cifra se eleva a muchos cientos de miles.

Este material y la información que suministra tienen un valor científico y económico tan enorme como difícil de calcular y de alguna forma vincula a las naciones que desean acceder a su estudio, aunque en muchos casos sean aquellas de cuyo patrimonio natural se ha sustraído, ante las naciones que lo almacenan.

Este no es nuevo y no hago aquí más que compartir los puntos de vista que el Dr. Enrique Beltrán, a quién, por suerte tenemos entre nosotros, expuso magistralmente en el prólogo de la edición española de "El Imperialismo Científico" de Gerardo Budowski.

Un análisis de la evolución y tendencia de la investigación en nuestros países es revelador y demuestra una alarmante falta de identidad y el mismo que gufa a nuestras autoridades. También indican las profundas interrelaciones entre administración e investigación, unido a las consecuencias de los prejuicios y la inercia burocrática.

En no pocas ocasiones los escasos fondos disponibles para investigación científica se canalizan a áreas (ingeniería molecular, genética, bioquímica, etc.) que precisan de una sofisticada infraestructura cuyo coste de mantenimiento y adquisición es sumamente elevado. En estas condiciones los países poco o medianamente desarrollados están siempre en desventaja respecto a los más ricos e industrializados, productores de esta infraestructura. Es decir, por adelantado sabemos que no estaremos entre los primeros en cuanto a los resultados a obtener. Justamente lo contrario ocurre si elegimos como tema de estudio aquellos que siendo del máximo interés exigen técnicas o métodos sencillos y baratos con un objeto de investigación fácilmente abordable. Tal es el caso de las ciencias relacionadas con la naturaleza, la arqueología o la antropología.

Como los recursos económicos son limitados, es vital que éstos se dirijan a las áreas en que de partida tenemos una ventaja clara. La situación es tanto más paradójica cuanto que percibimos claramente una continua presión de los científicos de otros países, cuyos ecosistemas y sus elementos han sido ya alterados, que vienen a los nuestros para interesarse por lo que nosotros olvidamos.

La falta de interés por la naturaleza e incluso la continuada actitud de desprecio y mal uso que de ella se hace en muchos países se explica también por una penosa realidad administrativa ya enquistada en la rutina burocrática y de la cual no es fácil salir por los poderosos intereses creados. Me refiero a que la administración de los recursos está en manos de tecnócratas. Es más, el medio ambiente natural suele estar monopolizado, según sectores, por determinados cuerpos de técnicos que se agrupan por servicios, o entidades equivalentes, dentro de los ministerios más desarrollistas y transformadores. Es decir que los que tienen que defender a la naturaleza son los encargados de transformarla y los resultados son evidentes.

Esto plantea, así, una contradicción de base, y mientras no se arbitre una solución jurídico-administrativa que la cambie, con todas sus consecuencias, es difícil que se produzcan progresos serios. La ecuación de que fauna igual a trofeos de caza y vegetación igual a madera transformada en muebles o pasta de papel, es válida para la administración de muchos países e incluso para grandes masas de poblaciones sin la adecuada información ambiental. Los ensayos de Budowski, que plantea si los técnicos forestales pueden actuar como conservacionistas, son reveladores.

La falta de una tradición investigadora sobre la naturaleza tiene repercusiones importantes en todo el campo cultural. No vamos a decir nada nuevo si recordamos aquí el escaso uso que se hace del español como idioma científico. Considero que ello es grave entre otras muchas cosas porque en el idioma se desligan multitud de barbarismos, mientras paralelamente se va perdiendo no sólo un rico acervo lingüístico de un valor incalculable relacionado con nombres de especies animales y vegetales, de sistemas naturales y sus usos, si no también espacios naturales enteros que son sencillamente eliminados - La Laguna de la Janda y el Río Guadalete - y que constituyen parte irrecuperable de nuestra historia y nuestra esencia.

Estamos aquí reunidos para intercambiar todo tipo de informaciones y experiencias de una forma directa y sencilla. Todos sabemos a estas alturas que sin una cooperación llena de respeto a las peculiaridades de cada país y de sensibilidad ante su idiosincrasia no puede contribuirse al desarrollo científico y a la conservación de la naturaleza. Todos sabemos también que la investigación y la conservación de los recursos, si ha de ser efectiva, es básicamente porque en ello se interesen y se esfuercen los habitantes y las autoridades de cada una de las naciones respectivas.

Tras de lo dicho quiero señalar que bajo ningún concepto queremos dar lecciones a nadie, ello sería contrario a una cooperación que discurra de acuerdo a los cauces ya indicados; al contrario, estamos deseosos de escuchar sugerencias y aprender todo lo posible.

Lo dicho expone algo de lo mucho que tenemos en común, bien sea a la hora de progresar juntos, bien sea a la hora de, juntos, defender nuestros intereses. Me parece que no exagero si digo que el mero hecho de comenzar a conocernos y a intercambiar nuestros conocimientos e inquietudes es ya un importante resultado.

Creo que este es ya uno de los objetivos de la reunión que comienza y pienso que justifica, y con holgura, el que se celebre.

Permítanme pues que me congratule de tenerles aquí y permítanme asimismo darles una cordial bienvenida.

Esta reunión será lo que Vds. quieran que sea. Yo estoy seguro que dada su valía, su experiencia y la ilusión con que han acudido a esta convocatoria, el rigor y la seriedad están garantizados y constituirán un fuerte estímulo para nuestras futuras andaduras en el campo de la investigación y la conservación.

Al llegar a este punto deseo expresar públicamente que existe una deuda de gratitud con el Dr. Juan Velarde Fuertes, Rector Magnífico de esta Universidad Hispanoamericana que nos acoge, con el secretario de la misma D. Juan de Luis Cambor, con el Dr. Miguel Delibes de Castro, con Sacramento Moreno y con D. Enrique Collado, pues si todos ellos no hubiesen puesto desinteresadamente su esfuerzo y su valía al servicio de la I Reunión Iberoamericana, esta, con toda seguridad, no hubiera pasado de ser una de las muchas ideas que bullen en mi cabeza desde la visita al Hato del Frío hace ya cinco años.

Bienvenidos de nuevo y muchas gracias.

*Bienvenidos de nuevo y muchas gracias.*